

# Jeremías 22

## Dios pasa revista a los reyes de Judá

Dayton Keese

La totalidad del capítulo veintidós constituye una reseña de los últimos cinco reyes de Judá, en la cual se declara el final de sus vidas y los factores subyacentes en la vida de cada uno de ellos. Es un capítulo que nos da la certeza de que Dios sabía por qué la nación debía caer, y además explica por qué Dios dijo que Él mismo pelearía contra Su pueblo (21.4–5).

El capítulo se desenvuelve de conformidad con los eventos ocurridos en las vidas de Sedequías (vers.ºs 1–9); de Joacaz (vers.ºs 10–12); de Joacim (vers.ºs 13–23) y de Joaquin (vers.ºs 24–30). (También se hace referencia a Josías, quien ya estaba muerto, en el contexto de la corrupción de su hijo Joacim; vers.ºs 15–16.)

### EXIGENCIAS DE SEDEQUÍAS Y CAÍDA DE LA NACIÓN (22.1–9)

Algunas personas relacionan el material de 22.1–9 con el reino de Joacim. No obstante, esto fue lo que hizo notar Adam Clarke: «[El Dr. John Dahler supone que esto se publicó en el año primero del reinado de Sedequías [...] Sus ministros se mencionan aquí, como los que principalmente gobernaban la nación; y como los que aconsejaron a Sedequías que se rebelara».¹ Esta observación coincide

¹ Cuatro factores llevan a la conclusión de que lo narrado en 22.1–9 ocurrió en el tiempo de Sedequías, y de que está relacionado con 28.1–5.

1) Aparece en el libro junto con el material de 21.1–14, el cual se señala específicamente como el tiempo cuando se confrontó a Sedequías con que Nabucodonosor estaba invadiendo a Jerusalén (21.1–6).

2) Hay un paralelo en la forma como Dios se expresó a Sedequías en 21.5, y al rey de Judá en 22.5 (note el uso de la primera persona del singular en ambas porciones; vea

cide mucho más con la administración de Sedequías que con el gobierno dominante y egoísta de Joacim.

El mensaje de 22.1–9 fue presentado en la casa del rey de Judá (vers.º 1) —al rey, a sus siervos, y a su pueblo (vers.º 2). Se hicieron tres encargos positivos: 1) Hacer juicio. 2) Hacer justicia. 3) Librar al oprimido de mano del opresor. También se hicieron cuatro exigencias negativas: 1) No engañar ni «robar»² (vea 6.7) al extranjero, 2) ni al huérfano,

49.13; 51.14; Génesis 22.16; Isaías 45.23; Amós 6.8). Note también que tanto en 21.11 como en 22.6, Dios dio mensajes especiales para la casa del rey de Judá.

3) Las circunstancias que se mencionan en 22.5–7, que se relacionan con el rey de Judá, coinciden mejor con el tiempo de Sedequías que con el tiempo de Joacim. En los días de Sedequías, el ejército de Nabucodonosor acampó alrededor de la ciudad, cortando sus cedros escogidos, durante un sitio que duró dieciocho meses (39.1–10; 2º Reyes 25.1–21; 2º Crónicas 36.11–20).

4) Los comentarios introductorios del capítulo 21, explican por qué este se adelanta al tiempo de Sedequías, declarando cómo esperó Dios con paciencia que Judá se arrepintiera, lo cual nunca ocurrió. Los comentarios de 22.1–5 coinciden con ese ambiente porque, aun en los días de Sedequías, Dios todavía estaba ofreciendo una opción de tener reyes que «en lugar de David se [sentaran] en su trono», si ellos honraban Sus leyes (vers.ºs 3–4).

Por las anteriores cuatro razones, 22.1–9 parece ser una continuación de 21.1–14, que abarca el reinado del rey Sedequías (Adam Clarke, *The Holy Bible With a Commentary and Critical Notes [La Santa Biblia con comentario y notas críticas]*, vol. 4, *Isaiah to Malachi [Isaías a Malaquías]* [New York: Abingdon-Cokesbury Press, s. f.], 309).

² Del hebreo *chamash* —«... tratar con violencia, oprimir [...] herir [...] estar anhelante, ser vehemente [...] ser agudo [...] arrebatar con violencia [...] Jer. 13.22» (Samuel Prideaux Tregelles, *Gesenius' Hebrew and Chaldee Lexicon [Léxico hebreo y caldeo de Gesenius]* [Plymouth. S. e., 1857; reimpresión, Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1967], 288).

**ASUNTOS RELEVANTES. Tema:** Dirigencia que destruye. **Capítulo:** Reseña de los últimos cinco reyes de Judá. **Ambiente:** Durante el reinado de Sedequías. **Gema de verdad:** 22.16: ¿Qué significa conocer a Dios?

3) ni a la viuda. 4) No derramar sangre inocente. El comportamiento de Judá en el pasado, incluyó todas las anteriores violaciones (2.34–35; 5.25–29; 19.4; 2° Reyes 24.3–4).

Se repitió la promesa de 17.25 en caso de que ellos efectivamente «[obedecieran] esta palabra»<sup>3</sup> (vers.º 4). Según indica el término hebreo, la idea de lo que debían obedecer es mucho más profunda que la que transmite la expresión «palabra».

Los resultados de no cumplir con lo que Dios exigía, incluían desolación, destrucción y ruina de Su casa —el templo, ¡el lugar especial en que Dios se reunía con Su pueblo! (Vea 1° Reyes 8.22–60.) ¡Qué contraste es el que se presenta entre el propósito del templo y el castigo que había de traerse sobre este pueblo! La dignidad y la caída de aquel lugar especial se vuelven a narrar en los versículos 6 al 9. James E. Smith dijo:

Debido a la altura de este edificio, y a que fue construido con madera de cedro, el profeta lo llamó figuradamente «Galaad [...] la cima del Líbano». Tanto Galaad como Líbano eran famosos en la antigüedad por sus majestuosos bosques. A estos bosques a menudo se les extraía su madera en tiempos de guerra con la cual se suplían combustible y armas los ejércitos invasores. De modo que Dios traería destrucción sobre el reino de Judá, convirtiendo esta tierra en un virtual desierto (vers.º 6). Los destructores constituidos por Dios tomarán sus armas y cortarán los cedros escogidos de la tierra, esto es, los príncipes y los dirigentes de la nación (vers.º 7). Los extranjeros que pasen por las ruinas de Jerusalén se preguntarán unos a otros por qué el Señor hizo así con la que una vez fue orgullosa ciudad (vers.º 8). No se equivocarán al concluir que la destrucción vino sobre la tierra, porque el pueblo del Señor dejó el pacto con Él, y adoraron dioses ajenos (vers.º 9). Jeremías está definitivamente influenciado en los últimos dos versículos por Deuteronomio 29.23ss.<sup>4</sup>

### DESTINO Y FUTURO DE JOACAZ (22.10–12)

En relación con el texto que comienza en el versículo 10, esto fue lo que Charles J. Ellicott escribió:

Con este versículo comienza la detallada revista que se pasa a los tres reinados anteriores, siendo reproducidas las profecías de la misma forma que efectivamente fueron pronunciadas. El «muerto» que no debían llorar los hombres, era Josías, para quien Jeremías mismo había

<sup>3</sup> Del hebreo *dabar* —«... palabras, habla, discurso, promesa [...] Sal. 33.4; 56.5 [...] especialmente la palabra de Jehová, oráculo, Nm. 23.5, 16 [...] plan propuesto, 2° S. 17.6» (Ibíd., 187–88).

<sup>4</sup> James E. Smith, *Jeremiah and Lamentations (Jeremías y Lamentaciones)*, Bible Study Textbook Series (Joplin, Mo.: College Press, 1972), 393.

compuesto una solemne endecha, la cual, según se desprende de 2° Crónicas 35.25 parece haberse repetido en el aniversario de su muerte.<sup>5</sup>

El mandamiento de Jeremías en el sentido de llorar por el que se va, se refería obviamente a Joacaz (nombre que recibía al ocupar el trono) o Salum (nombre de pila) (vers.º 11; 1° Crónicas 3.15–16; 2° Crónicas 36.2–4). Este era dos años menor que Joacim, el hijo de Josías que le sucedería. Aunque hubo gran lamentación por la muerte del buen rey Josías (2° Crónicas 35.25), por lo menos este se salvaría de los horrores que vendrían sobre Judá (2° Reyes 22.15–20). De este modo Jeremías declaró una mayor razón para llorar por Joacaz — porque terminaría de vivir su vida siendo cautivo en una tierra extraña. Cualquier esperanza que sus coterráneos tuvieran de que él volviera, sería una esperanza vana, pues él había de morir en Egipto (2° Reyes 23.31–34).

### NECEDAD Y FRACASO DE JOACIM (22.13–23)

Joacim era un dirigente exigente, pero había tomado el camino equivocado. Sus mandamientos tenían un motivo impuro.

Era un «frívolo ególatra», completamente desprovisto de sentido moral, y de sensibilidad religiosa, un hombre que había sido vaciado en el molde de su abuelo Manasés. No tenía interés en las reformas por las cuales su padre se había esforzado tan valientemente. Sus simpatías se inclinaban por la oposición. Dio su aprobación para reanudar muchas de las prácticas paganas del reinado de Manasés. Joacim era un hombre irreligioso. El poder que no está frenado por el temor de Dios, produce déspotas. El rey que no tenía consideración por la Palabra de Jehová no tenía respeto por los derechos de los hombres, y en los anales consta que Joacim oprimió severamente al pueblo de Judá con el fin de mantener la pompa y la extravagancia de su corte.<sup>6</sup>

Si bien el versículo 13 da inicio a una descripción del degenerado monarca, su nombre no es mencionado sino hasta en el versículo 18. Estos versículos constituyen una de las descripciones de personalidad más gráficas de toda la Biblia. Se presenta en ellos un mordaz contraste entre el dirigente servicial bueno y preocupado y el soberano egoísta impío y corrupto. Es un inquietante recordatorio de cómo la humanidad puede pasar en una

<sup>5</sup> Charles J. Ellicott, *Ellicott's Commentary on the Whole Bible (Comentario Ellicott de toda la Biblia)*, vol. 5 (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1959), 76.

<sup>6</sup> Costen J. Harrell, *The Prophets of Israel (Los profetas de Israel)* (Nashville: Cokesbury Press, 1933), 141.

sola generación de la reforma, la devoción y el servicio a los demás, ¡a un comportamiento pícaro, humanista y egoísta!

En pocos renglones, Jeremías presenta aquí el cuadro de un monarca impío, egoísta, vanaglorioso, cruel y codicioso; un hombre que carecía de toda virtud deseada en un rey, y que a pesar de esto estaba inmensamente orgulloso de sus logros. Como estaba insatisfecho con el palacio que ocuparon sus padres, y como deseaba imitar a los grandes reyes constructores de Asiria y de Babilonia, amplió, modernizó y embelleció los edificios reales. Añadió pisos, amplió salones, elevó cielorrasos, revistió paredes y cielos con madera de cedro, abrió ventanas y decoró con llamativos adornos de deslumbrante color bermellón. De modo que el endeble príncipe esperaba rivalizar con las espléndidas estructuras erigidas por los monarcas de Egipto y de Babilonia.<sup>7</sup>

Joacim representaba al dirigente dominador, que consigue las cosas por medio de crueles decisiones y de beneficios mundanos. Note sus prioridades materialistas (vers.<sup>os</sup> 13–14) y su amargo final (vers.<sup>o</sup> 19), todo lo cual contrasta con la vida de Josías (vers.<sup>o</sup> 15). Al considerar sus propios deseos, motivaciones y obras, ¿con cuál de los dos ejemplos se identificaría usted? Jeremías no dejó duda alguna en cuanto al estilo de vida que sí resiste las pruebas de la verdad y del tiempo, y las pruebas del bien y del mal.

Muchos se han encaprichado hoy día con un modelo de comportamiento como el de Joacim. ¿Es usted uno de ellos? O, ¿reserva más bien su admiración y respeto para los que siguen el camino de justicia de Josías? (Vea 1<sup>era</sup> Corintios 11.1; Filipenses 4.8–9; 1<sup>era</sup> Pedro 2.18–24.)

¿Cómo ha de llegar una nación a Dios? Por medio de recordar que la justicia es antes que la ganancia; por medio de recordar que la pureza es más importante que el placer; por medio de reconocer el hecho de que la salud de un pueblo es mayor que la riqueza de unos pocos; por medio de entender que Dios es antes que Mammón. En la medida que una nación reconozca todo lo anterior y se vuelva a Dios, en esa medida le será restaurada su fortaleza [...] El desafío que nos presenta Dios hoy día es este: «¿Qué injusticia encuentras en Mí, para que me olvides?».<sup>8</sup>

Joacim pagó un precio por su vida egoísta, y lo pagó incluso estando muerto. A los reyes por lo

<sup>7</sup> Theo. Laetsch, *Jeremiah (Jeremías)*, Bible Commentary (St. Louis: Concordia Publishing House, 1965), 186.

<sup>8</sup> G. Campbell Morgan, *Studies in the Prophecy of Jeremiah (Estudios de la profecía de Jeremías)* (Old Tappan, N. J.: Fleming H. Revell Co., 1969), 38.

general se les hacían funerales muy elaborados —aun a los que eran despreciados. No se hizo así con Joacim. Los versículos 18 y 19 revelan que no lloraron miembros de la familia, ni siervos, ni ciudadanos. En lugar de esto, fue enterrado en sepultura de asno.

La misma profecía aparece en otra forma en el cap. 36.30. El cuerpo del rey había de ser «echado al calor del día y al hielo de la noche». No tenemos constancia directa del cumplimiento de la anterior profecía; sin embargo, la manera como se reproduce demuestra que la palabra del profeta no falló. El rey fue llevado con cadenas junto con los demás cautivos, que estaban siendo trasladados a Babilonia (2<sup>o</sup> Crónicas 36.6), y es probable que muriera en el camino, y que su cadáver quedara atrás insepulto, mientras el ejército se alejaba en su marcha. A la frase «durmió con sus padres», de 2<sup>o</sup> Reyes 24.6, no se le puede extraer más significado que el de la simple realidad de que murió. También de Acab, quien murió en combate, se dijo: «Y durmió Acab con sus padres» (1<sup>o</sup> Reyes 22.40).<sup>9</sup>

En los versículos 20 al 23, Jeremías declaró las consecuencias de ser influenciado por un monarca como Joacim. La estructura moral, espiritual y civil de una nación fue hecha añicos; los valores se perdieron. Se dejó de escuchar la verdad para dar paso a la murmuración y a las reacciones contra la justicia (vea 26.1, 4–8). Todo lo que Jeremías podía hacer, era advertir al pueblo para que despertara (vers.<sup>o</sup> 6; vea Ezequiel 17.1–21, especialmente los vers.<sup>os</sup> 3, 12).

Habían de subir a la cima de los más altos montes, al Líbano en el norte, y a Basán en el noroeste, a «los pasajes» = Abarim, una cordillera que estaba al sureste, al este del Mar Muerto. El lamento de ellos subiría hasta las mismas nubes, pues los pecados se elevaron hasta el cielo, y el juicio de lo alto los abrumaría. Debían permanecer solos en su desdicha, sin los «enamorados», que eran destruidos. Según señala el vers.<sup>o</sup> 22, los líderes cívicos y espirituales, que eran considerados «enamorados» por el pueblo, porque ellos, a diferencia de los verdaderos profetas, no estaban constantemente amenazando, sino que agradaban al pueblo, clamando: «Paz, paz» [...] serían barridos por el viento tormentoso del juicio de Dios para llevarlos al exilio. «Líbano» (vers.<sup>o</sup> 23), aquí, es figura de Jerusalén con su palacio real y con las mansiones de los ricos, construidas con madera de cedro del Líbano (1<sup>o</sup> Reyes 7.2; 10.17, 21).<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Ellicott, 77.

<sup>10</sup> Theo. Laetsch, *Jeremiah (Jeremías)*, Bible Commentary (St. Louis: Concordia Publishing House, 1965), 186–87. Note que los «enamorados» que se mencionan en esta cita podrían tener relación con las alianzas extranjeras que hizo Judá con otras naciones y con los dioses de ellas (2.25; 3.1–2; Ezequiel 23.5, 9; 2<sup>o</sup> Crónicas 36.1–5).

## CAÍDA Y FIN DE JOAQUÍN<sup>11</sup> (22.24–30)

El breve y malvado reinado de tres meses de Joaquín (2º Reyes 24.8–13) fue tratado por Jeremías con un grueso trazo en la parte relacionada con el final. En la declaración que siguió, Dios usó la figura de un anillo en Su mano derecha, como figura de Joaquín, que también se llamaba Conías (vers.º 24). Tal anillo tenía una gran trascendencia. Esto fue lo que Laetsch explicó: «El anillo era, como en [Hageo] 2.23, el símbolo del poder real (Gn. 41.42; Ester 3.10; 8.2), con el cual se autenticaba todo edicto, y era por lo tanto el tipo de todo lo que se consideraba sumamente precioso».<sup>12</sup>

Al anillo se le atribuía aun mayor autoridad cuando lo llevaba puesto un rey de Judá, pues este era el representante terrenal del verdadero Rey de la nación, Jehová de los ejércitos. No obstante, Dios juró quitar a este rey permanentemente de su puesto:

... Dios jura con una fórmula de juramento («vivo yo») que Joaquín será despojado de su dignidad real (vers.º 24).

Dios no solamente quitará a Joaquín del trono de Judá, sino que también se cerciorará de que el rey sea entregado en mano del despiadado Nabucodonosor (vers.º 25). Él, juntamente con la reina madre, la influyente Nehusta, será llevado a la distante tierra de Babilonia, donde morirán (vers.º 26).<sup>13</sup>

El joven rey iba a tener el deseo de volver, pero no le sería concedida tal oportunidad. Después de ser encarcelado en el exilio durante treinta y siete años, fue liberado por el sucesor de Nabucodonosor, Evil-merodac (2º Reyes 25.27–30), pero murió en Babilonia (vers.º 25–26).

El versículo 28 pregunta: «¿Es este hombre Conías [Joaquín] una vasija despreciada y quebrada? ¿Es un trasto que nadie estima? ¿Por qué fueron arrojados él y su generación, y echados a tierra que no habían conocido?». Adam Clarke puede haber estado en lo correcto al atribuir las anteriores preguntas a los clamores del pueblo de Judá cuando oyeron lo que solemnemente se denunció de su rey y de su país.<sup>14</sup>

La respuesta que da Jeremías se encuentra en el versículo 29: «¡Tierra, tierra, tierra! oye palabra de Jehová». Al repetirlo tres veces lo hace con el fin de

que todos reconozcan que la validez y la verdad de los pronunciamientos de Dios. La aseveración que siguió fue que Joaquín —un rey que tenía siete hijos<sup>15</sup>— quedaría anotado como privado de descendencia. Esta aseveración aparentemente imposible, no era contradictoria. J. A. Thompson explicó la fraseología usada, de la siguiente manera:

Joaquín era, no obstante, un hombre sin hijos en cuanto a tener un descendiente ocupando el trono de David. Zorobabel, su nieto (1º Cr. 3.19), volvió después del exilio siendo una especie de Alto Comisionado, pero no como rey. La aseveración de Jeremías se originó en su creencia de que el plan de Yahvé era no permitir que descendiente alguno de Joaquín fuera rey [...] La palabra que aquí se traduce por «privado de descendencia» [...] se podría traducir también por «despojado de toda honra». No obstante, el resto del versículo tiene que ver con su carencia de heredero. Fue un hombre que no prosperó en su propia vida, ni por medio de su descendencia.<sup>16</sup>

En verdad, esta revista que se pasó a los impíos dirigentes de Judá, y al estilo de vida igualmente impío de ellos, justificó el juicio de Dios sobre el pueblo de Judá, y el cautiverio que soportarían. A Dios no le quedaba más recurso ante el espíritu obstinado e impenitente de ellos. W. H. Bennett resumió las circunstancias, como sigue:

El cautiverio de Joaquín y el cautiverio y deportación de la flor y nata del pueblo, marcaron el inicio de la última escena de la tragedia de Judá, y de un nuevo período del ministerio de Jeremías. Estos eventos, juntamente con el ascenso de Sedequías como el rey propuesto por Nabucodonosor, alteraron en gran manera las cosas en Jerusalén. Y sin embargo, las dos características más importantes de la situación permanecieron inalterables: el pueblo y el gobierno desatendieron persistentemente las exhortaciones de Jeremías. «Pero no obedeció [Sedequías] ni sus siervos ni el pueblo de la tierra a las palabras de Jehová, las cuales dijo por el profeta Jeremías» [37.2]. No obedecerían a la voluntad de Jehová en cuanto a la vida y al culto, y no se someterían a Nabucodonosor.<sup>17</sup>

<sup>15</sup> Note la palabra «descendientes» en el versículo 30, y en 1º Crónicas 3.17–18.

<sup>16</sup> J. A. Thompson, *The Book of Jeremiah (El libro de Jeremías)*, The New International Commentary on the Old Testament, ed. R. K. Harrison (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1980), 485.

<sup>17</sup> W. H. Bennett, *The Book of Jeremiah: Chapters 21–52 (El libro de Jeremías: Capítulos 21–52)*, The Expositor's Bible, ed. W. Robertson Nicoll (New York: A. C. Armstrong and Son, 1902), 96.

<sup>11</sup> Para conocer los diferentes nombres de este rey, repase 2º Reyes 24.8; 25.27–30; 2º Crónicas 36.8–9; Jeremías 24.2; 27.20; 37.1; 52.31; Ezequiel 1.2.

<sup>12</sup> Ellicott, 78.

<sup>13</sup> Smith, 400–401.

<sup>14</sup> Clarke, 311.